

Horacio Cerutti Guldberg y Rodrigo Páez Montalbán [coords.],
América Latina: democracia, pensamiento y acción. Reflexiones de utopía, México, CCYDEL-UNAM/Plaza y Valdés,
2003, 423 pp.

La historia política de América Latina parece moverse de un extremo a otro. Habiendo transcurrido un tercio del siglo XIX, Alexis de Tocqueville observó que los pueblos latinoamericanos se la vivían entre la dictadura y la anarquía. Iban a una, cuando se cansaban de pelear y a la otra, cuando se hartaban de obedecer. Esta aguda observación reveló el “destino” pendular de la vida política en la región. En la segunda mitad del XIX, las jóvenes naciones de nuestra América eran objeto de sangrientas disputas entre conservadores y liberales. Por turnos se imponían unos a otros, implantando su respectiva constitución.

No faltó el intento positivista de síntesis entre orden y libertad, mucho más del primero que de la segunda, bajo el anzuelo del progreso capitalista, pero pronto aparecieron nuevos dilemas que pusieron otra vez en vilo a nuestros países.

Como hizo notar oportunamente Antonio Caso a principios del siglo XX, no habíamos resuelto cómo incorporar la herencia colonial al proyecto liberal cuando ya nos estábamos planteando arribar al socialismo. Una amalgama de los tres elementos se encontró en el Estado populista, obra maestra del mestizaje político que preserva en lo esencial el capitalismo y convierte a los socialistas en nacionalistas, así como a los liberales en demócratas sociales. Resultado: democracia liberal y revolución socialista a medias. Ahí donde no funcionó la mezcla, se implantaron feroces dictaduras de derecha. Un caso excepcional ha sido Cuba, país en el que triunfa la revolución socialista, pero se posterga la democracia. ¿Cuándo se romperá el círculo vicioso de que no hay democracia en la Isla porque hay bloqueo y hay bloqueo porque no hay democracia?

Tras el agotamiento del Estado populista, el retorno del capitalismo salvaje por la vía neoliberal y el colapso del bloque socialista, la opción

dominante ha sido transitar o retransitar a la democracia liberal y consolidarla como régimen político. La lógica ha sido más o menos como sigue: evitar el socialismo mediante el populismo o la dictadura y después ofrecer democracia liberal como alternativa.

El problema de todo esto es que la democracia realmente existente en América Latina, no obstante que la gente la sigue prefiriendo por encima de la dictadura o el autoritarismo, atraviesa por una fuerte crisis de legitimidad. Esta crisis tiene, al menos, dos factores desencadenantes: la desconfianza creciente de la ciudadanía en los actores políticos y los rendimientos decrecientes de los regímenes democráticos en materia económica y social.

Ante este panorama, que concita temores bien fundados de regresión autoritaria, se abren distintos horizontes utópicos que vale la pena considerar a la luz del sugerente volumen *América Latina: democracia, pensamiento y acción. Reflexiones de utopía*, coordinado por Horacio Cerutti Guldberg y Rodrigo Páez Montalbán.

Un primer horizonte es el histórico-utópico. A lo largo de la historia, nuestros pueblos han tenido presentes en su imaginario utopías integradoras y comunitarias, que constituyen auténticos postulados de la razón práctica latinoamericana. Como lo muestra Irene Vegas García, América pasó de ser la tierra donde se harían realidad los sueños europeos a espacio de constitución de la identidad nuestroamericana, a través de: el proyecto de confederación latinoamericana de Bolívar, el mestizaje liberador de Martí, el espiritualismo de Rodó, la raza cósmica de Vasconcelos, el hombre nuevo del Che Guevara, entre otras propuestas.

De este conjunto de elaboraciones, que son utópicas porque no se han realizado del todo pero no porque sean irrealizables de suyo, cabe destacar el esfuerzo de Hugo Chávez y del pueblo venezolano por impulsar desde la República Bolivariana la unión de América Latina. De tal esfuerzo da constancia Carmen L. Bohórquez en su contribución al volumen. Hoy por hoy, ante el endurecimiento del poder imperial estadounidense, el sueño bolivariano se puede adoptar como eficaz mecanismo de defensa de la integridad de las naciones latinoamericanas. Integrarse para salvar la integridad, ése es el urgente reto nuestroamericano.

Mención especial merecen las nuevas formas de comunicación intercultural en América Latina, que describe Manuel de Jesús Corral, así como la cosmovisión incluyente, organísmica y pluralista de los tojolabales (véase el artículo de Carlos Lenkersdorf). Asimismo, cabe destacar, como lo hace Fernanda Navarro, que el movimiento neozapatista hace suya la utopía subjetivizadora tojolabal. También cabe señalar la unidad religiosa entre hombre y naturaleza de la cultura andina, que expone de primera mano Luis Enrique Katsa Cachiguango, y más en particular la cultura dialógica de los Aymaras, fundada en las relaciones armónicas con la naturaleza, la divinidad y la sociedad, que expone Domingo Llanque Chana. Por su parte, Selma Baptista documenta ampliamente la utopía andina o utopía de la diversidad cultural y la igualdad, con importantes tintes socialistas. Todas estas concepciones son parte de la riqueza y vitalidad de nuestra herencia cultural mesoamericana, de *nuestra América profunda*, dicho sea con permiso de Guillermo Bonfil Batalla. Este patrimonio cultural aporta, hoy, armas valiosas a la resistencia de nuestros pueblos y a las luchas democráticas y ambientalistas en la región.

Un segundo horizonte utópico que nos presenta el volumen, es la utopía del mercado total. Este horizonte es, sin lugar a dudas, el dominante, al menos en las élites tecnocráticas que ocupan puestos clave en los gobiernos latinoamericanos y en los organismos internacionales. También es dominante en todos aquellos sujetos que abdicar de su condición ciudadana para asumir felizmente el papel de consumidores. Compró, luego existo. He aquí, en palabras de Guadalupe Loaeza, el principio cartesiano del perfecto consumidor, habitante ideal del mercado total.

Edgardo Lander denuncia y desenmascara esta utopía desmovilizadora y falaz, toda vez que las sacrosantas leyes del libre mercado son vulneradas a diario por sus principales promotores y son impuestas como dogma a las economías emergentes, a fin de mantener intacta la transferencia neta de capital de la periferia al centro, transferencia que pretenden ignorar los apologetas del pensamiento único. Junto con el mito del mercado total hay que colocar los mitos de la libre competencia y de

la interdependencia, que “brindan” oportunidades para todos en el mercado global. A propósito de la exclusión de hombres y mujeres del topos laboral y territorial, por obra y gracia de la globalización neoliberal, debe verse la colaboración de María Cecilia Colombani. Esta exclusión significa la fragmentación de la condición humana y ésta se supera a través del respeto irrestricto a los derechos humanos (Arturo Andrés Roig).

Si no por sus planteamientos, sí por los mismos efectos prácticos de reproducción del capitalismo globalizado depredador, la tercera vía se hermana con el neoliberalismo, como bien argumenta José Luis Barcárcel, quien pone el botón argentino como muestra de que ambos enfoques llevan a sus fieles e ingenuos seguidores a la peor de las debacles.

Un tercer horizonte es el de la utopía revolucionaria, la cual es reivindicada por Enrique Ubieta como una metautopía, es decir, la revolución en pos del imposible revolucionario, la isla avanzando hacia su isla. Este noble horizonte abierto por Cuba para toda América Latina no es ya, en sentido estricto, un horizonte utópico sino un referente tópico. La revolución cubana ha producido un topos que reclama una reelaboración utópica. Esta resignificación de la Revolución cubana es necesaria para sacarla de su narcisismo y exorcizarla de toda esa gama de fantasmas que le cuelga la propaganda anticastrista y que ha calcado del modelo clásico de sociedad utópica (inmóvil, igualitaria en lo económico, jerárquica en lo político y totalitaria en lo ideológico).

Como sugiere María del Rayo Ramírez es necesario reelaborar la utopía socialista, más allá de las críticas que le propina Hans Jonas al socialismo y al marxismo desde la ética de la responsabilidad y de la conservación privatizadora.

El último, pero no el menos importante de los horizontes que aporta el libro, es la utopía democrática. En el nivel internacional, como lo señala Yamandú Acosta, se trata de pasar de la globalización democrática a la democratización global, lo cual supone la construcción de una nueva ciudadanía, una ciudadanía antisistémica, mientras que en el nivel de los estados nacionales se requiere “la democratización de todas las relaciones sociales” (Rodrigo Páez Montalbán).

Como cierre del volumen, Horacio Cerutti pinta un cuadro futurista (año 2135) de esa era democrática global: sociedad participativa, gobernantes con autoridad moral (los tecnócratas se van a reeducación), organismos internacionales que son eficientes garantes de paz y seguridad, fin de las razas y del eurocentrismo, identidades múltiples y coexistentes, ciudadanía mundial, superación del consumismo y del *world sex*, entre otros logros. En fin, se trata de un mundo donde se hizo “factible la concreción de la esperanza”, pero sin abandonar la tensión utópica, el infinito camino de la democratización, como apunta Rodrigo Páez.

Si los vemos en conjunto, estos horizontes ponen a la democracia entre el Escila del Mercado Total y el Caribdis de la Revolución. Queda el camino intermedio, el de la utopía democrática, que se nutre de su propia historia (para no construirse desde un pasado extraño, dijera José Gaos).

Como advierte Y. Acosta, esta postura implica evitar tanto la ilusión de la utopía conservadora ya realizada como la ilusión trascendental de la realización empírica de la utopía revolucionaria. “Entre esos extremos, el auténtico realismo político, sin pretender haber realizado o realizar empíricamente la utopía, al someterla al criterio de factibilidad construye la dimensión de lo posible más allá de su angostamiento antiutópico a lo actual” (Y. Acosta).

Si se nos permite utilizar la metáfora de Otto Neurath, esta ruta de la política, como el arte de lo posible, se antoja imposible porque supone rearmar, en plena tormenta, el barco de la democracia limitada que tenemos para hacernos de una democracia plena.

En la perspectiva de tornar posible (factibilizar) lo imposible, se hace necesario, como propone Fernando Ainsa, crear un espíritu utópico a través de: a) emprender una búsqueda plural e interdisciplinaria; b) democratizar la utopía y utopizar la democracia; c) pensar globalmente y actuar local y moralmente. Otro requisito que cabe agregar, siguiendo a Arturo Rico Bovio, es la construcción de utopías encarnadas en el cuerpo latinoamericano.

En resumidas cuentas, la utopía deja de ser vista como el mundo al revés (Moro) o como el ineluctable desenlace de la historia (Marx),

lineal, en espiral o pendular —da lo mismo la trayectoria—, para convertirse en la construcción del futuro deseado y posible, desde una dialéctica fecunda entre pensamiento y acción. Asimismo, utopizar deja de ser pasatiempo de soñadores solitarios para ser y autocomprenderse como esfuerzo plural y compromiso colectivo. Tal esfuerzo y tal compromiso son los que emprenden y asumen ejemplarmente las y los colaboradores de este libro.

RUBÉN GARCÍA CLARK
UNIVERSIDAD DE LA CIUDAD DE MÉXICO